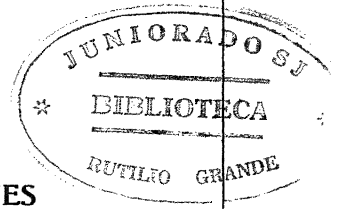


EVANGELIZAR 500 AÑOS DESPUES



V́ctor Codina

Con ocasi3n de los 500 ańos de la primera evangelizaci3n de Am3rica Latina, el Papa Juan Pablo II ha lanzado la consigna de una nueva evangelizaci3n, *nueva en su ardor*, *nueva en su m3todo*, *nueva en su expresi3n*.

A medida que pasa el tiempo, surgen interrogantes sobre el significado de esta nueva evangelizaci3n y aparecen diversas interpretaciones de esta tarea.

¿En qu3 consiste esta nueva evangelizaci3n?, ¿en qu3 se debe diferenciar de la primera evangelizaci3n?, ¿qu3 es evangelizar? He aqu3 algunas cuestiones que, sin 3nimo de exhaustividad intentaremos clarificar en estas p3ginas.

¿Qu3 es evangelizar?

Bas3ndonos en la carta magna de Pablo VI sobre la evangelizaci3n (la exhortaci3n *Evangelii nuntiandi* EN), seńa-

lemos los rasgos más importantes de la evangelización.

Evangelizar es la misión y la razón esencial de la Iglesia, constituye su identidad más profunda (EN 14). La Iglesia no debe replegarse hacia sí misma, sino abrirse para evangelizar, puesto que existe para evangelizar. Es como la luz y la sal, que pierden sentido si no iluminan y sazonan.

Pero ¿en qué consiste evangelizar?, ¿es simplemente enseñar el catecismo, predicar, celebrar la liturgia? Si buscamos en los evangelios qué es evangelizar, nos encontraremos que para Jesús, evangelizar es anunciar la Buena Nueva de la cercanía del Reino de Dios (Mc 1,15). Evangelizar es, pues, ante todo, anunciar que el Reino de Dios está cerca, que comienza a realizarse ya en nuestra historia.

Pero podemos, de nuevo, preguntarnos, ¿qué es el Reino de Dios? Más que intentar definir de forma genérica y abstracta la esencia del Reino de Dios, cosa por lo demás imposible, pues el Reino de Dios es un misterio, veamos cómo Jesús realiza el Reino. Jesús no sólo anuncia el Reino de Dios, sino que cura endemoniados, sana enfermos, se compadece de los que sufren, pasa por el mundo haciendo el bien. Todo esto son señales de que el Reino de Dios ha llegado. El Reino de Dios es la liberación de las necesidades y males concretos de la humanidad (enfermedades, hambre, posesión, pecados), es una gran Utopía, la liberación de los males que nos afligen y la satisfacción de las aspiraciones más profundas de la humanidad, es la plenitud de vida, cuya realización plena sólo se dará el último día, cuando el Señor lo renueve y transforme todo.

El Reino de Dios no es, pues, únicamente la liberación de los males y pecados personales (la gracia de Dios), ni tampoco solamente la liberación definitiva de la muerte (la resurrección de los muertos y la vida eterna), sino también la liberación de los males históricos y estructurales (la justicia histórica). Es algo integral, que abarca a

toda la persona, a la colectividad, al tiempo presente y a la eternidad. Así se comprende que evangelizar sea algo sumamente amplio: *Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad, y con su influjo, transformar desde dentro renovar la misma humanidad: He aquí que hago nuevas todas las cosas* (Ap 21, 5) (EN 18). Evangelizar es una tarea inmensa, que busca renovar los criterios, los valores, las estructuras, los modelos de vida (EN 19). Sólo el Espíritu de Jesús puede realizar, como agente principal, esta renovación profunda de todo (EN 75). Por otra parte hay que afirmar que los destinatarios privilegiados del Reino, y por tanto de la evangelización, son los pobres. Evangelizar a los pobres (que no es simplemente enseñarles catecismo...) es una de las señales auténticas del Mesías.

La evangelización supone un claro anuncio de Jesús, en quien se nos ofrece la salvación (EN 27), una denuncia de todo cuanto se opone al Reino (EN 30-38), una transformación de la realidad (EN 18-20) y, ante todo, el testimonio coherente del propio evangelizador (EN 21).

Si quisiéramos resumir brevemente todo lo dicho, podríamos enunciar algunos principios o leyes de toda evangelización: coherencia entre la doctrina y la vida del evangelizador, integralidad de la evangelización (que lo abraza todo), el respeto a la dignidad y libertad del evangelizando, la prioridad de los pobres en la evangelización, la libertad profética para denunciar todo lo contrario al Reino de Dios, y la referencia a la Iglesia, que es la comunidad que evangeliza.

Una consecuencia de todo ello es que la evangelización es para la Iglesia necesaria, pero al mismo tiempo, difícil: la Iglesia debe convertirse continuamente al Reino, para poder evangelizar como Jesús.

La primera evangelización y sus contradicciones

La evangelización constituyente de América latina es

uno de los capítulos relevantes de la historia de la Iglesia (Puebla 6). En ella, las luces han sido más fuertes que las sombras (Puebla 10). El esfuerzo misionero de la Iglesia en la primera evangelización fue gigantesco, y la historia nos recuerda los nombres de figuras señeras, obispos, misioneros, santos insignes, que realizaron una gesta sólo comparable a la de la Iglesia primitiva: intrépidos luchadores por la justicia, evangelizadores de la paz, como Antonio de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Julián Garcés, José de Anchieta, Manuel Nóbrega y tantos otros que defendieron a los indios ante conquistadores y encomenderos, incluso hasta la muerte, como el obispo Antonio Valdivieso (Puebla 8), santos como Toribio de Mogrovejo, Rosa de Lima, Martín de Porres, Pedro Claver, Luis Beltrán (Puebla 7); las originales síntesis de evangelización y promoción humana de las misiones franciscanas, agustinas, dominicas, mercedarias, jesuitas (Puebla 9)...

Sin embargo, en la primera evangelización hubo también desfallecimientos, alianzas con poderes terrenos, incompleta visión pastoral, y la fuerza destructora del pecado (Puebla 10). La Iglesia tuvo que enfrentar grandes desafíos, para los que apenas estaba preparada: además de las distancias inmensas y de la carencia de recursos humanos y económicos, se halló ante un continente nuevo por evangelizar, con diversas religiones, culturas y lenguas, y, lo que es peor, teniendo que realizar esta evangelización en una contradictoria unión con una conquista violenta. Las leyes de la evangelización entraron en crisis... El evangelio se presentó unido a la conquista, la cruz a la espada, el Reino de Dios estaba ambiguamente unido al Reino de Castilla, el nombre de Dios sirvió para cubrir y a veces santificar los más atroces latrocinios y matanzas, la misma Iglesia que predicaba amor y respeto, violaba los derechos más elementales de los indígenas, la fraternidad que los misioneros predicaban se contradecía con la rapacidad y violencia de los conquistadores también cristianos, la conquista espiritual de las almas cubría y encubría la codicia del oro, la conversión a la fe era de hecho una

forma para poder sobrevivir, el bautismo hacía hijos de Dios y súbditos del rey de España, el evangelio de facto estuvo unido a la esclavitud, la libertad de los hijos de Dios se compraba a costa de la propia libertad...

Un texto de Hernán Cortés puede servir como ejemplo de estas terribles ambigüedades de la primera evangelización:

Otro día torné a salir por otra parte, antes que fuese de día, sin ser sentido de ellos, con los de a caballo y cien peones y los indios mis amigos, y les quemé más de diez pueblos, en que hubo pueblos de ellos de más de tres mil casas, he allí pelearon conmigo los del pueblo, que otra gente no debía estar allí. E como traíamos la bandera de la Cruz y pugnábamos por nuestra fe y por servicio de vuestra Sacra Majestad, en su muy real ventura nos dio Dios tanta victoria, que les matábamos mucha gente, sin que los nuestros recibieran daño (Hernán Cortés, Cartas de Relación de la Conquista de México).

Y en otro lugar, el mismo Hernán Cortés justifica la conquista de este modo:

En primer lugar, la nobleza y santidad de la causa, pues pugnamos por la causa de Cristo cuando luchamos contra los adoradores de los ídolos, que por esto mismo son enemigos de Cristo, puesto que adoran a malos demonios en vez de al Dios de bondad y omnipotente y hacemos la guerra tanto para castigar a aquellos que se obstinan en su pertinencia, como parece (permitir) la conversión a la fe de Cristo de aquellos que han aceptado la autoridad de los cristianos y de nuestro Rey (Juan Ginés de Sepúlveda, Crónica Indiana).

Hay, pues, una terrible confusión y ambigüedad entre la fe y la guerra, entre la mística y la depredación. Evangelizar y conquistar son sinónimos.

No pretendemos aquí hacer balance de la primera evangelización. Tampoco quisiéramos caer en un anacronismo de objetar a los primeros evangelizadores de aspectos que sólo al cabo de varios siglos se han puesto de relieve. Deseamos destacar únicamente cuáles eran las principales

corrientes teológicas y pastorales de la época que se entrecruzaron en la Iglesia evangelizadora de América latina, y que explican las diversas posturas en la evangelización.

Corriente llamada esclavista

Parte del hecho de que el indio es un ser naturalmente inferior, subhumano, al que hay que humanizar. Pero además, los indígenas son idólatras, dan culto a los demonios, lo cual justifica la santidad de la conquista: es una guerra santa, una cruzada, y como afirma Oviedo, *La pólvora contra los infieles es incienso para el Señor*. Su resistencia a ser bautizados y a no aceptar la autoridad papal y real, era ya pecado y motivo de agresión. Otros añadían que los indios vivían bajo la tiranía de señores injustos (incas, aztecas...), de los que los españoles les liberaban. Otros afirmaban que la conquista era un mal, pero un mal necesario para la evangelización. Dios sacaba bienes de este mal, lo cual justificaba la conquista, de la que tantos bienes espirituales se iban a seguir para la fe.

Pero fue Juan Guínés de Sepúlveda el que justificó las guerras contra los indios, elaborando una especie de apología de la esclavitud, ciertamente más inspirada en Aristóteles que en el evangelio.

Este teólogo y consejero de Carlos V defendía que es legítimo someter a los indios porque son seres inferiores, que practican guerras, sacrificios humanos, prácticas sexuales aberrantes y no tienen propiedad privada. Sepúlveda defiende a los encomenderos y se olvida de que años antes, en 1537, el Papa Paulo III en la bula *Sublimis Deus* había declarado que los indios eran seres humanos y que no se los podía esclavizar.

Corriente centrista

Representada por Francisco de Vitoria, dominico de Salamanca, que defiende que los indios son dueños legítimos

de sus tierras, y que ni la infidelidad, la herejía o la idolatría les privan de sus títulos de propiedad. Niega que los indios no tengan uso de razón y afirma que el mismo Papa no tiene ninguna autoridad sobre ellos mientras sean paganos y critica que el Papa haya concedido a los reyes de Castilla (y de Portugal) la propiedad de los territorios descubiertos. Los cristianos no pueden apoderarse de sus bienes. Los indios tampoco están obligados a creer en Cristo cuando se les anuncia, ni pecan por no creer lo que se les anuncia. Las guerras a los indios sólo se justificarían si los indios violasen el derecho de gentes y negaran a los españoles el derecho a predicar la fe. Por esto, aunque Vitoria se considera el fundador del derecho de gentes y el iniciador del derecho internacional, sin embargo llega a permitir la guerra por razones de Estado, como guerra justa. Esta corriente, que se aparta de Sepúlveda, no llega a la radicalidad de Las Casas. Vitoria es un intelectual y no tiene la vivencia del exterminio de los indios que posee su cohermano Bartolomé de Las Casas.

Corriente liberadora

Está representada por Bartolomé de Las Casas (aunque otros muchos obispos y misioneros le siguen). Critica el sistema de encomiendas y la misma conquista como algo ilícito. Para él, en su obra *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión* (1536-37), la evangelización supone una concepción igualitaria de todos ante Dios y una actitud de respeto y no violencia ante el indio. La evangelización ha de ser racional, no violenta, proponiendo el evangelio de forma tranquila, modesta, agradable, persuadiendo al entendimiento y atrayendo a la voluntad. El evangelizador ha de ser consecuente con la predicación *porque el que enseña debe presentarse a sí mismo como ejemplo de sus palabras, de modo que enseñe más con obras que con sus propias palabras*. En cambio, evangelizar violentamente, desde la guerra y las invasiones, *inducirá al hombre a no querer oír las verdades que pertenecen a la fe y a despreciar todo lo que se le diga*. Por tanto, *el modo consistente sujetar primero a los pueblos infieles por*

medio de la guerra para que en seguida oigan la predicación de la fe y abracen la religión cristiana, es contrario al modo que observaron los antiguos santos padres en todas las edades, desde el origen del mundo hasta la venida de Cristo. Por tanto, las guerras a los indios son sacrílegas, injustas, tiránicas. Sólo queda una solución, restituir a los indios todo lo que se les ha arrebatado con la guerra. En otra obra, *Apologética Historia Sumaria*, escrita en 1527, describe al indio como a un prójimo diferente, pero con igualdad de derechos ante Dios, gente no ingobernable ni incivilizada, sino prudente y muy religiosa.

La postura de Las Casas, seguida por una serie de obispos defensores de los indios y por muchos religiosos, aunque en teoría fue la que prosperó ante la corte española frente a Sepúlveda e influyó en las Nuevas Leyes de 1542 y luego en la Junta de Valladolid de 1550, en la práctica fue arrollada por la insaciable codicia de los encomenderos. Muchos de estos obispos sufrieron persecuciones, destierros e incluso alguno la muerte. Pero su testimonio es una luz para la Iglesia. En el fondo critican una evangelización desde el poder.

Tanto Las Casas, como luego los jesuitas en sus reducciones, intentaron buscar alternativas al sistema colonial y a la encomienda, para evangelizar al margen de los conquistadores. Pero es difícil crear islas en medio de un mundo de opresión.

¿Cuáles fueron las consecuencias de esta evangelización? Podemos decir que ni la postura esclavista, ni la misma centrista, consiguieron respetar las leyes de la evangelización auténtica: no hubo coherencia entre el mensaje y el testimonio de vida, faltó el respeto y el conocimiento de las culturas y de las religiones, faltó el diálogo y sobre todo faltó la denuncia profética frente a los horrores de la conquista. Sólo la postura liberadora de Las Casas y de sus seguidores mantuvo la lógica evangélica.

De todo ello se ha seguido que la primera evangelización produjera una serie de frutos negativos, que aún se constatan en América latina después de 500 años de evangelización: esquizofrenia entre la fe y la vida (muy patente en los sectores dominantes actuales), clericalismo, pasividad, falta de inculturación, falta de confianza en el pueblo, escasas vocaciones indígenas, falta de madurez. Algunos han dicho que América latina, a pesar de haber sido bautizada, todavía se halla en período catecumenal. Evangelizar desde el poder, más aún, desde el poder opresor, es totalmente antievangélico. Es un milagro de la gracia y de la fuerza de la Palabra que, en medio de tantos defectos, la semilla creciese tan abundantemente, con tanta fuerza, diese frutos y se asimilase vitalmente. La pléyade de misioneros que entregaron su vida al servicio del pueblo dio sus frutos. Los indios llegaron a distinguir entre lo que los padres les enseñaban y lo que lo que los conquistadores españoles practicaban. Comprendieron que el mensaje era de libertad, y un día sacaron las consecuencias y sacudieron el yugo de la esclavitud. Pero los errores de la primera evangelización no deben ocultarse, sino que hay que sacar lecciones de la historia. En una situación de esclavitud sólo una evangelización liberadora es evangélica de verdad.

Los desafíos de la nueva realidad

Los obispos de América latina reunidos en Puebla en 1979 enumeraban en los primeros capítulos del Documento conclusivo, los desafíos de la realidad de América latina, de cara a una nueva evangelización.

A nivel socioeconómico, una situación de pobreza e injusticia generalizada, inhumana, debida a causas estructurales, y que debe ser considerada como pecado (Puebla 27-40).

A nivel político, continuos abusos de poder y falta de respeto a los derechos humanos (Puebla 41-43).

A nivel cultural, una continua agresión a las culturas y un grave problema educacional (Puebla 51-62). Añadamos otros problemas como el machismo y la marginación de la mujer, el racismo, las continuas migraciones, la guerra, el desempleo y subempleo...

Si entramos en el ámbito religioso y eclesial, nos hallamos frente a una serie de desafíos que con el tiempo han ido creciendo. Digamos que la fe se ve desafiada desde diferentes frentes:

a) los gérmenes de increencia que provienen de la modernidad, del ateísmo secularista, que penetra las ciudades grandes, las universidades, la juventud, y que se difunde a través del consumo, la TV, el estilo de vida americano...

b) los gérmenes de increencia que provienen de la ideología marxista, que no sólo influyen como modelos de acción política, sino de cosmovisión global de la vida, y que fascinan no sólo a movimientos radicales de izquierda, sino a jóvenes...

c) la tentación de desesperanza ante el dolor, la injusticia, el mal, la muerte, con una sensación de terrible impotencia. Es el problema de Job ante el mal ¿cómo Dios permite tanto sufrimiento, cómo no pone remedio, cómo calla?

d) el problema no sólo de las culturas indígenas, sino de las religiones indígenas y afroamericanas, que en algunos lugares reivindican una vuelta al estado precristiano, ya que se sienten agredidos por una injusta imposición religiosa.

e) las sectas, con su agresividad, su atractivo de grupo cerrado, cálido, exigente, protector de situaciones de inseguridad, de ideas sencillas, fuerte emotividad y con gran participación laical.

Si reunimos los desafíos económicos, políticos, culturales y religiosos, podemos decir que se percibe un inmenso clamor en América latina de un pueblo que pide justicia, liberación, luz, y que tiene ansia de que se anuncie el Reino de Dios de forma integral. No es sólo el clamor de pan, de justicia o de libertad, es un clamor total, es el clamor por el Reino de Dios.

Indudablemente el cuadro sería incompleto si no enumerásemos también todos los elementos positivos que en estos años han surgido entre el pueblo: la conciencia de su dignidad, su deseo de participación política y social (Puebla 20), los esfuerzos en educación concientizadora (Puebla 23), la creciente capacidad de organización (Puebla 20), la participación de los laicos en tareas eclesiales, el convecimiento de que la fe y la vida son inseparables, las CEBS (Puebla 96), la vitalidad de la religiosidad popular que va retomando dimensiones liberadoras (Puebla 109), la persecución y el martirio de muchos cristianos por defender a su pueblo desde una convicción cristiana, la nueva reflexión teológica en perspectiva liberadora, el nuevo papel que está asumiendo la mujer tanto en la sociedad como en la Iglesia, etc. Es una irrupción de Dios en un continente a la vez pobre y esperanzado, joven y lleno de promesas, es un alumbramiento nuevo.

Teniendo en cuenta esta realidad y la experiencia de la primera evangelización, ¿qué características debería tener la nueva evangelización?

Siguiendo las corrientes de la primera evangelización, podríamos decir, que tanto a nivel teórico como a nivel práctico se podrían constatar también tres posturas definidas. Evidentemente es simplificador el pretender resumir en tres las tendencias actuales en América latina, pero aun con peligro de excesiva caricaturización, es bueno intentar una cierta tipificación ejemplar.

Postura espiritualista

Cree que el mayor peligro para América latina es el ateísmo, sea el ateísmo secular o el ateísmo marxista.

A nivel eclesial siente la invasión de las sectas como una avalancha. Para evitar estos males está dispuesta a usar todos los medios económicos a su alcance, los avances de la moderna tecnología y de los medios de comunicación social, para realizar como una gran cruzada de evangelización, para liberar a América latina de los peligros que amenazan su fe. Esta postura entiende la evangelización como una nueva catequesis que destaque los valores de la trascendencia, del Espíritu y fomenta los movimientos de tipo espiritualista y oracional, muchos de ellos transnacionales. Esta postura fácilmente cae en brazos del gran capital y tiene el riesgo de ser asimilada a la de los grandes defensores de la civilización occidental. Se ha dicho que recuerda y prolonga, de algún modo, la vieja postura de Ginés de Sepúlveda.

Postura centrista

Heredera de la corriente de Vitoria, de hecho cae en una gran perplejidad. Es consciente de los problemas sociales y políticos, pero teme posibles abusos (reduccionismo sociopolítico, Iglesia popular, manipulación de las izquierdas, infiltraciones marxistas, riesgo de fomentar la violencia...); pero tampoco se identifica con la postura espiritualista, por creer que no toca la realidad del problema y querer implantar en América una evangelización que tal vez es más propia del Primer mundo. Se mantiene equidistante de ambos extremos, buscando una síntesis, pero con el riesgo de caer, a la larga, en parálisis y miedo, o por lo menos en no poder engendrar entusiasmo y dinamismo apostólico y pastoral.

Postura liberadora

Desea seguir la postura de Las Casas, de los grandes obispos de la primera evangelización y de los grandes misioneros de la primera época. Cree que el horizonte último de la evangelización ha de ser el Reino de Dios, con toda su amplitud y profundidad, tal como Jesús lo

anunció y realizó. Esta postura, al ser profética, es de ordinario conflictiva y cuenta en su haber con numerosos mártires, desde obispos como Romero y Angelelli a sacerdotes y religiosos como Espinal, de religiosas a catequistas, de madres de familia a dirigentes de comunidades de base...

Nos parece que a la luz de todo lo expuesto sobre la evangelización, la única postura coherente con el evangelio y con la más genuina tradición de la Iglesia latinoamericana es la postura liberadora, aunque tenga riesgos y ambigüedades prácticas si no se asume con profundidad, como han advertido recientes documentos romanos.

¿Qué implicaría esta evangelización liberadora?

a) *Contenido*

Su contenido es el evangelio del Reino que Jesús anunció cercano y que se debe anunciar como algo también cercano hoy y buena nueva para el pueblo. Este Reino es global, integral y se opone al Antirreino presente en América latina. No puede dejar de ser un anuncio profético, que parte de la situación de pecado dominante en América latina. Para un pueblo con hambre de Dios y hambre de pan, el problema mayor no es el ateísmo, sino el pan, ha repetido el cardenal de São Paulo Evaristo Arns. Articular de forma coherente la fe con la vida, la fe y la justicia, es tarea primordial de esta nueva evangelización. Todo dualismo, toda esquizofrenia, toda dicotomía, deben ser superadas.

b) *Modo*

No puede ser desde arriba, desde el poder, sino desde el pueblo y a partir del pueblo, de su cultura, de sus necesidades, de su religiosidad, de sus medios, de forma sencilla, como buena nueva que se anuncia, no como ley que se impone desde fuera. Ha de haber coherencia entre el mensaje y mensajero, rompiendo las contradicciones de la

primera evangelización. Ha de ser dialogante, respetuosa, cercana, familiar, haciendo de cada fiel un evangelizador de su propio medio. El potencial evangelizador de los pobres debe ser el primer recurso pastoral. La religiosidad popular y las CEBS, dos instrumentos privilegiados, diferentes, pero no paralelos.

c) *Destinatarios privilegiados*

Han de ser los pobres, los sectores populares, los indígenas, los más marginados por la sociedad y a veces por la misma Iglesia. Ellos son los primeros llamados al Reino y para ellos el Reino de Dios debe ser Buena Nueva no abstracta y genérica, sino cercana, como la que Jesús anunciaba. El anuncio del Reino debe conllevar una creciente liberación del pueblo. La Iglesia, como dice *Evangelii Nuntiandi* (EN 30) y repite Puebla, *tiene el deber de anunciar la liberación a millones de seres humanos entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización* (Puebla 26).

Todo esto deberá concretarse mucho más desde las diversas Iglesias locales, y según cada carisma. Pero queda en pie que la nueva evangelización debe evitar los errores de la primera y seguir la línea liberadora y profética que hace 500 años algunos obispos y misioneros iniciaron con lucidez evangélica.

La nueva evangelización deberá traducir hoy las actitudes evangélicas y proféticas de los grandes misioneros de antaño, como la del dominico Domingo de Santo Tomás, primer obispo residencial de Sucre que escribía:

Habrán cuatro años que, para acabarse de perder esta tierra, se descubrió una boca del infierno por la cual entra cada año gran cantidad de gente que la codicia de los españoles sacrifica a su dios, y es una mina de plata que se llama Potosí.

(Del Libro **PARABOLAS DE LA MINA Y EL LAGO**, ediciones Sígueme, Salamanca (España), 1990, Págs. 185-197).